

mentados como Joaquin Verástegui, Antonio Jáuregui, Juan Gonzalez y cien mas, desplegaban la mayor actividad levantando fuerzas en los Estados á donde podia estenderse nuestra accion.

Despues de habernos dado una organizacion conveniente en el mismo dia, formando las brigadas y los cuerpos, el órden de las marchas, etc. llegamos al punto capital que era el de las operaciones militares que debiamos emprender sobre el enemigo. Escobedo estaba fortificándose á diez leguas de nosotros, ¿debiamos atacarle ó esquivar la batalla como aconsejaba el general Huerta para ir á levantar á Michoacan y otros Estados que dieran mas fuerza á la revolucion?

En seguida se verá como una sola torpeza puede ser el engendro de mil calamidades.

CAPITULO XXXVIII.

MUERTE DE GRANADOS.

La opinion estuvo bastante dividida entre los generales que discutieron el punto de si era conveniente atacar ó no á Escobedo en sus posiciones. El general Martinez, intrépido y á veces temerario, respondia del éxito aunque se le dejara emprender las operaciones con solo la Division de S. Luis compuesta de tres mil veteranos:

—Yo conozco, decia, la táctica de Escobedo y Rocha y estoy seguro de derrotarlos

—No debemos esponer á los azares de un solo combate todo el éxito de la revolucion, contestaba el general Huerta, yo estoy seguro de poder levantar todo el Estado de Michoacan en masa tan luego como lo libremos de la opresion militar en que se encuentra. Si me dan Vds. mil hombres yo les respondo de volverles cinco mil al cabo de dos meses.

García de la Cadena se manifestaba indeciso entre ambos pareceres. Sabía que el gobierno estaba desmoralizado después de la sangrienta jornada de S. José y que esa desmoralización había cundido á los jefes del ejército, los cuales iban á batirse sin ninguna fé y solo por compromiso; le constaba que al presentarnos delante de Escobedo alguna de su gente había de pasársenos porque más simpatizaba con la revolución que con el gobierno y tenía confianza en la pericia militar del general Martínez; pero le hacían mucha fuerza los argumentos del general Huerta: ¿y si íbamos por uno de tantos azares de la guerra á sufrir una derrota? El medio propuesto por el general Huerta á pesar de ser el más lento, ¿no era el más seguro? ¿Acaso había duda alguna respecto de que presentándonos en Guanajuato, en Jalisco, en Michoacán, vinieran á reunírsenos miles de hombres que solo esperaban esta oportunidad? ¿Que necesidad apremiante había para arriesgar todo el porvenir de la causa del pueblo á un solo combate librado sin contar siquiera con la ventaja del número? ¿No sabíamos por las relaciones de nuestros inteligentes exploradores que Escobedo tenía ya siete ú ocho mil hombres y que si no nos atacaba era por la poca confianza que tenía en sus tropas?

El voto de García de la Cadena vino á resolver aquel punto tan cuestionado y tan difícil. El general Martínez pudo haberse opuesto porque en la misma orden general del día se hizo saber á la armada que este era quien tenía á su cargo todas las operaciones

militares; pero siempre ha sido abnegado y prudente, y se conformó con decirme á mi solo y casi al oído:

—¡Que lástima! Yo hubiera respondido con mi vida del éxito de este combate.

—¿Y no cree V. general, que esto sea de funestas consecuencias en el porvenir?

Como él tenía gran fé en nuestra causa me contestó:

—Siempre triunfaremos, pero después de haber perdido una muy buena oportunidad de llegar pronto á México.

—¿No se perderán las plazas de S. Luis y Zacatecas luego que dejemos estos rumbos?

—Yo creo que Aguirre se defenderá; pero si se pierden esas, ganaremos otras.

—Lo juzgo difícil, general, y creo conveniente que V. se oponga á las decisiones que se han tomado.

—V. acaba de decirlo: ya son decisiones que se han tomado.

—Pero no se han llevado á efecto. Aun se puede argüir con el grave mal que va á resultarnos de perder nuestros dos Estados, en donde dejamos tantos amigos sacrificados por nosotros.

—Yo no he de ser quien oponga dificultades á esos Señores, me contestó inclinando la cabeza, V. tiene mucha razón y yo también la he tenido respondiendo de la victoria: si insistiera creerían que yo era un ambicioso ó un díscolo. . . . no, no quiero que se imponga nunca mi opinión cuando encuentra resistencias. Después de expresadas estas tendría menos

aplomo á la hora del combate. Ahora no hay mas remedio que marchar.

¡Y marchamos!

Se dispuso que Toledo y Huerta con parte de las fuerzas de S. Luis y Zacatecas, se movieran sobre Leon haciendo un llamamiento al ejército enemigo, mientras nosotros caíamos de súbito sobre la plaza de Guadalajara para hacernos inmediatamente de una zona que comprendia los Estados de Occidente y algunos del Sur que unidos á los del Norte que ya teniamos nos hacian dueños de media República. La fuerza con que se iba á ocupar la ciudad de Leon constaba de unos mil hombres. Nosotros con cinco ó seis mil y un pesado tren de carros y artilleria nos fuimos para Lagos que era el punto de reunion de todas nuestras fuerzas: alli deberian incorporársenos Huerta y Toledo, lo mismo que algunos mas refuerzos de Zacatecas y S. Luis. Se tenian á la vez esperanzas de que nuestro movimiento determinara algo que nos habia de ser favorable en Guanajuato y Querétaro.

El enemigo, ducho como lo era en esta clase de estrategias, no cayó en el lazo que quiso tendersele, y lejos de perseguir á los mil hombres destacados sobre Leon, les dejó seguir su marcha tranquilamente y lo que hizo fué desprender á Rocha con cinco mil hombres sobre el grueso de nuestro ejército, mientras Escobedo con cerca de dos mil se dirigia sobre la plaza de S. Luis que estaba guarnecida con seis ú ochocientos reclutas y unas doce piezas bien dotadas y bien establecidas en los fortines. Esto no nos

inquietó porque estábamos ciertos de que la plaza de S. Luis tenia elementos para sostenerse durante seis meses.

En estos momentos se nos presentó otra brillante oportunidad militar de que desgraciadamente no supimos sacar provecho. Pudimos volvernos sobre Rocha y atacarlo en el fondo de una barranca cerca de Ojuelos en donde varias de sus piezas pesadas estaban detenidas por las dificultades del paso. Hubiera tenido que combatir sin artilleria en una posicion desventajosa en la que sin mucho esfuerzo debimos haberlo destrozado. Lejos de eso, de perseguidores tomamos el pobre papel de perseguidos, haciendo marchas verdaderamente de escapatoria, lo cual contribuyó á que empezara á decaer la moral de nuestro ejército y el enemigo á recobrar los bríos que le faltaban. Pudimos tambien artillar alguno de los desfiladeros que atravesamos antes de llegar á Lagos y destacar la caballeria en combinacion con las fuerzas de Toledo y las de Aguirre para derrotar con seguridad á las fuerzas que marchaban sobre la plaza de San Luis, pero prevalecieron las opiniones del general Huerta que fatalmente estaba empeñado en acercarse con tropas á Michoacan para hacer la revolucion por su cuenta en un terreno con el que se encontraba tan familiarizado.

En nuestras conversaciones confidenciales le decia yo á D. Pedro Martinez:

---Estamos repitiendo las calaveradas de Uraga: con doce mil hombres se dirigió sobre Guadalajara, plaza que defendia Wol con mil, mientras Miramon con

ocho mil iba pisándole los talones. ¿No le hubiera sido mas fácil y provechoso librarle una batalla campal escogiendo el terreno del combate?

—¿Y si ha tomado la plaza de Guadalajara?

—Nunca, le contetsé, nunca podrá tomarse esa plaza por medio de un ataque brusco, aunque se encuentre mal defendida; nunca tampoco debe gastarse el brio ni la sanrge de los soldados contra las fortificaciones cuando hay á la espalda un ejército que los espera á pecho descubierto. Hay mas probabilidades de vencer á este que á los muros de una ciudad fortificada y que sabe que antes de veinticuatro horas recibirá poderosos auxilios.

Y no encontrando otra razon que darme en apoyo de una medida que ya, aunque con repugnancia, la estimaba como suya, me contestaba:

—Guadarrama se ha pronunciado en el Sur de Jalisco y tenemos seguridad de que el 10^o de la federacion tambien se pronunciará en la plaza tan luego como nos aproximemos.

Mientras nos íbamos aproximando recibimos la noticia de un inesperado fracaso. Aguirre habia evacuado la plaza de S. Luis y alcanzado, como era natural, habia sido destrozado por la caballeria de Escobedo, perdiendo en diez minutos sus excelentes elementos de guerra en el punto llamado el Puerto de la Cal.

Seguimos acercándonos al abismo hasta tocar el fatal puente de Toluotlan que estaba fortificado en el otro extremo y defendido, segun se nos informó, con 400 hombres por el general D. Sabas Lomeli.

Era casi al oscurecer y desde luego el general Martinez se proporcionó guías para que nos llevaran por cualquier vado al otro lado del rio.

—Que vado, ni que vado! exclamó Jorge Granados, yo me encargo de atacar de frente esa posicion.

—No, dijo Martinez tendiendo la vista á lo largo del puente, seria una temeridad.

La luz del crepúsculo de la tarde daba un aspecto siniestro á la posicion y asomar solo la cabeza era peligroso porque los soldados favorecidos por las alas paralelas del puente hacian una punteria irreprochable. Muy pocos de los que cometieron la imprudencia de asomarse por la boca del puente dejaron de salir heridos. Además de la gran trinchera formada de tierra y sostenida por un respaldar de peñascos, en todo lo largo del puente habia esparcidas grandes piedras y ramas espinosas que hacian embarazoso el tránsito á pié y mas el de á caballo.

Granados insistió diciendo:

—Al cerrar la noche ataco la posicion y respondo de que al aparecer el alba podrán pasar por aqui nuestras fuerzas.

Todos estuvimos procurando quitar tal idea de la cabeza á Granados; pero como esperaba con ansia una oportunidad como esta para lucirse delante de los getes y oficiales que no conocian su raro valor, y como en realidad le parecia aquella fortificacion un juguete, se aferró mas, tomándolo á capricho, y él mismo escogió hasta cien hombres entre las fuerzas de Zacatecas.

Entonces nos dijo:

—Generalmente se tiene mala idea de la infantería zacatecana: voy á probar á Vds. que estos soldados cuando son conducidos por buenos gefes se baten tan bien como los de S. Luis y Guadalajara.

En la entrada del puente y bajo una lluvia de balas que nos dirigieron desde el otro extremo, descubiertos por un cohete de luz que no advertimos, tuvimos una breve escena que recuerdo tan vivamente como si hubiera pasado ayer.

—Jorge, hermano mio, le dije, es una locura lo que vas á hacer.

—Estoy seguro de que no llego á la mitad del puente sin que el enemigo abandone los parapetos.

—Que ha de abandonar! ¿No ves que no pierde ni un solo cartucho con solo esilar sus tiros en esta direccion?

—La noche es muy oscura... favorece mis planes.

—No ves que todo el puente está sembrado de obstáculos?

—Para eso llevo gente que solo se ocupe de despejar el paso.

—Jorge, por Dios te lo pido, no vayas.

—Es imposible ahora retroceder: ya dije delante de todos que tomaba la posicion: ó lo cumplo ó muero.

Incliné la cabeza ante esa resolucion y me hice á un lado. Granados arengó á su grupo de tropa, y poniéndose á la cabeza se precipitó en aquel negro abismo alumbrado solo por los fogonazos de la fusilería.

Granados montaba un caballo negro como la noche, al cual ví pasar á los cinco minutos sin su jinete en carrera desahogada. El fuego seguía muy nutrido á todo lo largo del puente, que tiene segun calculo mas de doscientos metros. El enemigo que ocupaba los parapetos aprovechaba casi todos sus tiros sobre nuestro peloton que marchaba á pecho descubierta. Los nuestros no podian hacer ningun daño con sus fusiles en las trincheras: un poco nada mas les ayudaban dos pequeños obuses que de nuestro campo estaban dirigiendo al enemigo algunas granadas.

Cuando ví pasar despavorido el caballo de Granados me dió un vuelco terrible el corazon y el mas negro presentimiento pasó por el fondo de mi alma... sin embargo, el combate seguía encarnizado y ya se oía en el otro extremo del puente. Me situé en el centro de la entrada para ver mejor y observé que los fuegos de los parapetos se inclinaban como para ofender á un enemigo que estaba abajo queriendo escalar el muro.

¡Y Granados que tenia seguridad de que iban á huir! murmuré yo en mi interior, desesperado.

De repente el combate se hizo muy tibio y los fogonazos nuestros casi desaparecieron. Las balas empezaron á silvar de nuevo por encima de mi cabeza.

Era claro que la posicion no habia sido tomada y que nuestras fuerzas habian perecido ó se retiraban.

No tardaron en empezar á aparecer nuestros dispersos en la boca del puente.

—Y Granados? les preguntaba, ¿en donde está el general?

O no respondían ó si contestaban era con palabras ambiguas que no me dejaban satisfecho.

—Está herido, está muerto el general Granados? volvi á preguntarles.

Uno solo hubo que me dijera:

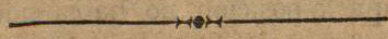
—Está herido.

Entonces el general Martínez mandó á seis soldados de confianza que debían irse arrastrando con precaucion hasta que lo encontraran.

Pasó una media hora de horrible incertidumbre.

Por fin aparecieron los seis hombres con el cuerpo de Granados en los brazos. Lo recibí en los mios en donde exhaló el último aliento pudiendo apénas estrechar mi mano entre las suyas....

Estaba acribillado de heridas desde la frente hasta los piés y entre ellas cinco eran mortales. ¡Y todavia le sobraron alientos para estrechar mi mano como su postrer despedida....



CAPITULO XXXIX.

DERROTARSE SOLOS.

La noche fué muy triste. Toledo y yo, lo mismo que otros muchos militares que amaban apasionadamente á Granados, estuvimos llorando sobre su cadáver. A la mañana siguiente, Manuel Orellana vengó su muerte con la de algunos soldados y oficiales del enemigo á quienes desalojó de sus posiciones, dándoles un alcance terrible con su brillante cuerpo "Carabineros de México."

Lomelí llegó con unos cuantos de los suyos á Guadalupe.

Nosotros, es decir, todo el resto de los que componíamos aquel ejército, formamos un acompañamiento fúnebre al cuerpo de Granados, hasta llegar á S. Pedro en donde con permiso del cura, todo un buen sujeto y amigo campechano, lo depositamos forman-